

## RESEÑA DE LIBROS

M. Smith, *et al.*, *Asia's New Industrial World*, Methuen, Londres-Nueva York, 1985, 136 pp.

M. Uekusa y H. Ide, *Industrial Policy in Japan*, Pacific Economic Papers, 135, Australian National University, Canberra, 1986, 24 pp.

J.D. Sachs, "External Debt and Macroeconomic Performance in Latin America and East Asia", en W. Brainard y G. Perry (eds.), *Brookings Papers on Economic Activity*, 2, Washington, 1985, pp. 523-576.

Reunidos e interpretados en conjunto, estos tres escritos ofrecen un consistente análisis de las políticas industriales puestas en práctica en el Pacífico asiático y de las diferencias con respecto al desempeño económico latinoamericano en tiempos recientes. La trilogía revela diversas características en cuanto al alcance de la indagación, su estilo y sus enfoques, pero la motiva una común inquietud: examinar la dinámica industrial en un marco histórico y macroeconómico, con particular interés en las dos últimas décadas. Ya se acepta hoy, que el cotejo de la experiencia japonesa y del Sudeste asiático con la latinoamericana no es un ejercicio de valor solamente académico; es un imperativo de la economía política, en la medida en que ésta respete a la realidad y muestre disposición a adaptarse a coyunturas cambiantes. Pues no sólo vivimos en una "aldea global" y en mercados globales; el aprendizaje de gobiernos y del público tiene hoy conductos y ramificaciones internacionales. Ganarán los que absorban con rapidez y eficiencia este proceso.

La obra de Smith y de sus colegas es una excelente introducción al "nuevo mundo industrial" representado por Japón, Corea del Sur, Singapur e Indonesia. No son todos sus miembros, desde luego; hay que lamentar la ausencia de Taiwán, Hong Kong, Borneo, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda, cuyos aportes a la presencia asiática en el mundo son significativos. Se debe acudir a otra obra<sup>1</sup> para tener una consideración más amplia. Sin embargo, este

<sup>1</sup> S. Burenstam Linder, *The Pacific Century*, The Stanford University Press, 1986.

libro contiene pormenores, útiles tanto para el lego como para el especialista, que de momento no se encuentran enunciados con agilidad y precisión en otra parte.

M. Smith aborda a la sociedad japonesa con indisimulada admiración. Recuerda que ser *ichiban* (el número uno) y adquirir el amable respeto de la comunidad internacional constituyen las dos aspiraciones cardinales de esta sociedad. Aspiraciones en cierto grado contrapuestas ya que la primera gesta agresividad y la otra simpatía; pero es virtud de los japoneses la superación de las tensiones entre estos dos proyectos nacionales. ¿Cómo lo han logrado? El rápido crecimiento y la flexibilidad estructural encierran buena parte de la respuesta. Si Japón gravitaba en un 2% en la comunidad mundial en 1955 (Estados Unidos 36 y Europa Occidental 34 en ese mismo año), en 1980 alcanzó el 9% (21% Estados Unidos y 22% Europa); al final del siglo poseerá el 13% del producto global (p. 7). Durante algo más de 20 años (1950-1973) la economía japonesa creció al ritmo vertiginoso de casi 11% al año; la sacudida petrolera de 1973 (los hidrocarburos son con mucho el principal rubro de importación) perturbó el compás del crecimiento japonés, acercándolo a una tasa negativa, pero en menos de dos años se recuperó con el 4% y con una manejable inflación de 6% anual. Muestra elocuente de la capacidad de maniobra y de reacción de los japoneses. Smith subraya que el impulso del comercio exterior constituye el rasgo permanente de esta economía desde la segunda guerra, aunque los sectores prioritarios que condujeron a la industrialización y a los servicios especializados se alteraron en el curso del tiempo, conforme a la demanda de los mercados internacionales. Si en los años sesenta la economía japonesa colocó el acento en la petroquímica y en el acero, en los setenta se embarcó en la electrónica; y en esta década se prepara para lanzar una quinta generación de computadoras que habrá de revolucionar la informática, la biología molecular y las ramas militares. Este empeño ya tiene una traducción civil (*spin-off*) en una máquina de escribir que reacciona a la voz humana y en otra que facilita la traducción automática (p. 10).

El autor hace hincapié en la "política del consenso" como piedra angular de la dinámica japonesa, consenso que se transparenta en los vínculos entre el sector privado y el gobierno y en los estímulos asociados a la investigación aplicada. En este juicio coinciden M. Uekusa y H. Ide, que ponderan los resultados de la Ley sobre Investigación y Tecnología Industrial (1961) que abrió cauce a la formación de cooperativas empresariales. Acaso la más famosa sea VLSI, compuesta por Fujitsu, Hitachi, Mitsubischi, NEC y Toshiba (p. 19).

Estas asociaciones complementan el esfuerzo gubernamental en favor de actividades intensivas en conocimiento especializado. Las inversiones japonesas en investigación se acercan al 2.5% del producto (ligeramente inferior a las de Estados Unidos), y muy pronto representarán el 3%. Japón desea convertirse en una ciudadela tecnológica colocada a la vanguardia del comercio internacional. La mayor parte de esta inversión es civil (en contraste con Estados Unidos), de suerte que las innovaciones japonesas se traducen rápidamente en una agresiva competitividad externa. Por otra parte, Smith señala que los estudiantes japoneses poseen el I.Q. (coeficiente de inteligencia) más alto del mundo (p. 14) y que el gobierno gasta 10% del PIB en educación. Los adolescentes demoran su entrada a los mercados laborales hasta los 20 años en promedio, con el objeto de equiparse con el entrenamiento indispensable para una sociedad moderna. El enlace entre esta oferta de trabajo y la industria es fluida; Smith atribuye al MITI el mérito apreciable de la conducción de la dinámica technoindustrial y del readiestramiento continuo de la mano de obra. Se trata de atenuar el desempleo estructural en una economía que anima y conoce cambios tecnológicos rápidos. En los ochentas, el MITI se ha consagrado a pronosticar el advenimiento de técnicas nuevas con el propósito de anticipar reajustes al engranaje productivo. La generación de 70 000 ingenieros al año facilita esta adecuación continual. Tal vez el interrogante pertinente de este desenvolvimiento es si la magnitud de los costos sociales es aceptable. Uekusa e Ide opinan que los designios centrales de la política industrial (pp. 10-11) consideran estas deseconomías del crecimiento y procuran encontrar una solución óptima a cualquier arritmia entre crecimiento y desarrollo social.

J. McLoughlin analiza el caso de Corea del Sur. Pertenece este país a los llamados "NIC's" (por las siglas en inglés), nuevas naciones industriales que han sabido sacar provecho a una fuerza laboral relativamente barata ocupada en tecnologías dinámicas, con la mira constante en los mercados internacionales. El producto sube, en esta década, al paso del 7.6%, mientras que la población apenas se multiplica con una tasa de 1.6% (p. 44).

Es un rasgo particular de Corea del Sur la regionalización especializada en la actividad productiva. Así, Pusan se concentra en astilleros; Vesa, en automóviles; Yosu, en petroquímica, y Masau, en tejidos. De esta manera se obtienen economías de aglomeración, vedadas a países que han procedido con irracionalidad en la división interna del trabajo industrial. Los resultados positivos no demoran: si en 1961 Corea del Sur tenía un producto por habitante de

82 dólares, en 1981 llegó a 1 640 dólares. En el mismo periodo las exportaciones treparon de 50 millones de dólares a 18 000 millones (p. 47). La expansión del comercio exterior orientó el crecimiento nacional y le creó firmes defensas contra coyunturas adversas. A pesar de que el salario promedio mensual es relativamente bajo (325 dólares) los coreanos invierten significativamente en educación (la cuarta parte de los jóvenes estudia en escuelas secundarias), 80% tienen vivienda propia, dos tercios gozan de seguro médico y consumen casi 3 000 calorías diarias en promedio (p. 52). Ciertamente, Mc Loughlin poco dice acerca del régimen político; se sabe que la madurez económica de Corea del Sur no se ha visto acompañada por una ascendente democratización. Pero hay indicios de que este proceso podría acelerarse en los años venideros.

P. Large examina a Singapur y R. Chapman a Indonesia. En la correspondiente descripción se observan diferencias importantes en cada caso, especialmente el dinamismo imparables del primero y el modesto avance del segundo. Pero en ambos se capta una voluntad colectiva de viabilidad nacional, a pesar de la penuria relativa de recursos materiales. Son economías que se proyectan decididamente a los mercados internacionales.

Precisamente ésta es una de las diferencias cardinales entre la conducta de las economías del Sudeste asiático y las de América Latina. Sachs plantea agudamente la cuestión de por qué estas últimas han respondido con debilidad —a veces bordeando la catástrofe nacional— a los choques externos de la deuda acelerada y de la caída de las exportaciones, en contraste con las primeras, que se repararon ágilmente. Examina diferentes hipótesis: los términos del intercambio, la magnitud relativa de la deuda, y la administración deficiente de ésta. Después de un extenso análisis concluye que Balassa y Krueger aciertan en indicar que las políticas cambiaria y comercial explican satisfactoriamente la distancia entre las dos conductas macroeconómicas (p. 524). La deuda en sí misma no es determinante; Corea del Sur tenía, en 1981, una relación deuda/producto más alta que Brasil. Lo que gravita es el destino de los fondos prestados: si se dirigen a proyectos de inversión, el resultado es alentador en el largo plazo; si financian consumo o —peor todavía— si se filtran como fugas de capital, la deuda externa es insostenible. América Latina habría carecido de oportunidades óptimas de inversión del ahorro externo, y lo canalizó a sectores alejados de la infraestructura y del comercio internacional (p. 525). Si en 1965, la relación exportaciones/producto era comparable en los dos bloques de países, en 1980 el comercio del Sudeste asiático fue muy superior. Por lo

demás, tipos sobrevaluados de cambio y crédito relativamente barato al sector privado latinoamericano alentaron la huida de los capitales. Así, los países de América Latina se vieron constreñidos a recalendarizar la deuda (salvo Colombia); los sudasiáticos se abstuvieron de este acto, con la excepción de Filipinas.

Sachs puntualiza que las coincidencias entre los dos grupos de países son notables, pero es también notoria la diversidad de orientaciones económicas. América Latina adoptó políticas que poseen un sesgo antiexportador, se aisló relativamente del comercio exterior, y alentó el brote de servicios improductivos; el Sudeste asiático procedió con rumbo inverso: elevó exportaciones y redujo servicios (p. 537). Al tener América Latina una base exportadora estrecha, los choques externos la sacudieron violentamente. El efecto se magnificó al quedarse nuestra región exclusivamente en la zona del dólar, en tanto que los asiáticos empezaron a maniobrar, desde 1978, con una canasta diversificada de monedas (p. 542). El autor impugna la tesis de que la diferencia en el desempeño macroeconómico se debió a la fuerte intervención gubernamental en América Latina, con menoscabo del libre mercado. En realidad, en ambos casos el gobierno tomó parte en la dirección de los mercados, pero las políticas fueron completamente diferentes (p. 547). Ciertamente, el mercado negro de divisas y la corrupción ampliaron las distorsiones del mercado latinoamericano, dañando pronunciadamente a las exportaciones. Por otra parte, la industrialización sustitutiva de importaciones involucra, desde una perspectiva política, que los exportadores carecen de poder de presión respecto a los industriales protegidos y a los importadores (p. 559). Sachs aplica su análisis especialmente a México, tratando de demostrar que las incertidumbres crónicas en los mercados cambiarios y en su política comercial convierten a este país en un "riesgo" ponderable para la comunidad financiera internacional (p. 563). Sachs sabe que la solución no puede encontrarse de inmediato, aunque su índole debe ser clara: dilatar y diversificar la base exportadora. Brasil parece seguir este rumbo. En veinte años (1962-1982) el café pasó de 55% de las exportaciones a sólo 5%; al mismo tiempo, elevó el valor agregado de las manufacturas, especialmente en automóviles, camiones, aviones, máquinas herramientas, y armamentos. México, en cambio, dedicó la agricultura, primero, y el petróleo después, a la exportación; las manufacturas apenas crecieron, y en los ochenta no alcanzan el nivel que obtuvieron en 1970.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Véase Coopers y Lybrand, *1986-Annual Report*, Washington, D.C., junio de 1986, pp. 25-26.

Los tres trabajos indican que un nuevo clima de política económica está despuntando en América Latina merced a la influencia del Pacífico, clima orientado principalmente a una "conversión" o reajuste estructural. Está movido por la deuda externa, por la inflación que puede tornarse inmanejable y por movimientos cambiarios muy rápidos (las llamadas "transacciones electrónicas") que tornan frenético el mundo financiero global. Tres parecen ser los componentes de este naciente clima: la apertura selectiva pero continua al mercado externo, el estímulo de manufacturas de alto valor agregado, y una combinación más inteligente —o más ilustrada— de gobiernos y mercados. El Sudeste asiático ya marcha con firmeza por este camino; ¿podrá América Latina hacer lo mismo?

JOSEPH HODARA  
*El Colegio de México*

Beverly Hong, *Situational Chinese*, Beijing, New World Press, 1983, 335 pp.

Durante la última década, especialistas en la enseñanza de lenguas extranjeras han sustituido el enfoque pedagógico "comunicativo", que integra el aspecto pragmático del empleo del idioma y la gramática, por el "estructural", ya tradicional desde los años cuarenta, y que presenta el nuevo lenguaje al estudiante en términos "pavlovianos".<sup>1</sup> Según estudios de muchos lingüistas actuales e investigadores en disciplinas afines, la experiencia de estudiantes *exitosos* de un segundo lenguaje en muchos detalles es paralela al desarrollo de un primer lenguaje en términos de la "maduración" del "modelo" que tiene el niño de su propio lenguaje materno en su conjunto global: o sea, la adquisición de un sentido general de la gramática por medio del aspecto pragmático facilita la experimentación con frases y oraciones a una etapa muy temprana del proceso de aprendizaje.

El libro de Hong es una tentativa de aplicar el enfoque pedagógico "comunicativo" a la enseñanza del idioma chino moderno (*pū-tōnghua*). *Situational Chinese* se divide en dos partes. La primera (pp. 7-220) contiene textos en los caracteres chinos y en la romanización

<sup>1</sup> Para una serie de libros de texto que combina el enfoque "estructural" con una psicología de aprendizaje basada en el conductismo, véase John DeFrancis, *Beginning Chinese*, Yale University Press, 1963.

*pinyin* y proporciona una traducción de los textos al inglés con un glosario. Esta parte a su vez se divide en 35 lecciones profusamente ilustradas con fotos, que presentan al lector el aspecto pragmático del lenguaje, o sea ejemplos (“modelos”) de conversión fieles a la flexibilidad situacional del idioma. La segunda parte (pp. 221-322) merece un estudio igualmente cuidadoso. Aquí se añaden explicaciones aún más amplias de la gramática y de los contextos sociales de los usos y giros anteriormente presentados. Se adjuntan también más artículos de vocabulario y expresiones —o frases— de forma fija. Finalmente se incluye un extensivo juego de ejercicios de pronunciación. El libro concluye con un índice de palabras (pp. 323-335).

Como se observa en la introducción (pp. 8-18), en cualquier idioma, el mismo tipo de situación puede producir muy diferentes tipos de conversación. Esto es especialmente característico del chino (saludos, despedidas, etc.). Los diálogos en este libro muestran cabalmente la variedad con la que realmente habla la gente. Tal conocimiento del habla real facilitará a los principiantes entender las respuestas y reacciones a sus propias tentativas de comunicarse con los chinos, y les proporcionará los materiales para crear conversaciones originales, ya sea solos o con la ayuda de sus maestros. Si nos permitimos una crítica o dos, éstas serían en el sentido de que hay bastantes errores tipográficos en lo que se refiere a los signos de tono, y que en muchos casos, a sílabas que obligatoriamente son atónicas (*qīngshēng*, “tono neutral”) son erróneamente asignados tonos de grado o por fuerza (e.g. *duōshào* por *duōshǎo* (“¿cuántos?”)). Aparte de estas manchas menores, no obstante, es muy recomendable el libro de Hong, ya sea como texto elemental básico de un curso de chino moderno, o como un apoyo suplementario.

RUSSELL MAETH CH.

Charles O. Hucker, *A Dictionary of Official Titles in Imperial China*, Stanford University Press, 1985, x + 676 pp.

La de Hucker es una obra de consulta tanto para estudiantes como para eruditos, quienes, desde múltiples puntos de vista disciplinares, trabajan con fuentes relacionadas con la China premoderna escritas principalmente en chino clásico (*wen-yen*). Intenta la obra identificar, definir, y ubicar dentro de sus contextos temporales e institucionales los títulos oficiales y los nombres de instituciones que

abundan en tales fuentes. Se incluyen también muchos términos de la nomenclatura literaria y coloquial asociada, sobre todo en el área de la administración de personal. Según el autor (p. v) la recopilación del diccionario tenía dos metas principales: primero, librar a los sinólogos no expertos en la historia institucional de las molestias, confusiones y desconciertos que obstaculizan sus tentativas de hacer frente a la nomenclatura ubicua del gobierno chino; segundo, proporcionar una base mínima para una historia general de las instituciones gubernamentales chinas. Una tercera utilidad de la obra es que también puede ser una fuente valiosa para la historia social.

La obra comienza con una larga introducción (pp. 1-96) que proporciona concisas descripciones dinastía por dinastía (desde Chou hasta Ch'ing) de la organización del gobierno chino. Sigue una "guía para el usuario" (pp. 99-102), y luego el diccionario en sí mismo (pp. 103-599). Consta de 8 291 cortos artículos sobre títulos, nombres de instituciones y nomenclatura asociada. Se explican diferentes usos terminológicos y se trazan las evoluciones pandinásticas cuando las hay. Para cada término se proporciona una traducción exacta al inglés. Después, siguen dos índices —inglés y chino— y una tabla de conversación entre sistemas de transcripción china: *Pinyin* y *Wade-Giles*.

Aunque otros reseñadores han notado ya unos cuantos lapsos en lo que se refiere a las dinastías Han y Ch'ing, respectivamente,<sup>1</sup> por lo general la envergadura es amplia y exacta. Sin embargo, aún son posibles algunas adiciones y mejoramientos. Por ejemplo, para el título militar *tu-hu*, que se encuentra en el nombre de una serie de canciones de la China medieval (220-589 d.C.), Hucker (núm. 7237) sólo proporciona la traducción ("Protector General"), la definición "a military duty assignment to preside over submitted alien peoples [...]", y una fecha relacionada con la dinastía T'ang (618-907 d.C.). En realidad, el título data desde la dinastía de Chin Occidental (317-420 d.C.).<sup>2</sup> Además, parece haber sido relacionado con varias de las campañas infructuosas contra los bárbaros del norte; en aquel entonces en control de China al norte del río Yangze.<sup>3</sup> A pe-

<sup>1</sup> Véase, respectivamente, *Harvard Journal of Asiatic Studies*, vol. 46, núm. 2 (diciembre de 1986), pp. 611-618, y *The Journal of Asiatic Studies*, vol. XLV, núm. 5 (noviembre de 1986), pp. 1059-1061.

<sup>2</sup> *Daikanwa jiten*, 8.23457.18.

<sup>3</sup> Véase Hung Shun-lung, *Yüeh-fu-shih* (poesía popular China), Taipéh, 1980, vol. 2, pp. 402-404, sub *Ting Tu-hu ko* (Canciones del General-Protector Ting).

sar de ocasionales contratiempos de esta índole, la obra de Hucker es útil y confiable, y será, sin duda alguna, de una gran ayuda en toda clase de investigación sinológica.

RUSSELL MAETH CH.

Elizabeth J. Perry y Christine Wong, (eds.), *The Political Economy of Reform in Post-Mao China*, Cambridge, Mass., The Council on East Asian Studies, Harvard University Press, 1985, 331 pp.

Dwight H. Perkins, *China, Asia's Next Economic Giant?*, Seattle, University of Washington Press, 1986, 98 pp.

Las reformas que se han realizado en China desde 1978 han suscitado la curiosidad de los especialistas en el tema quienes han tratado de adentrarse en el proceso para buscar respuestas a las interrogantes que se plantean. ¿Qué se proponen lograr con esas reformas?, ¿hasta dónde pueden llegar éstas?, ¿China finalmente logrará establecer una economía de mercado socialista?, ¿es que China seguirá el mismo modelo que el resto de países del Este asiático? Los autores de los dos libros que nos ocupan abordan el tema y llegan a conclusiones interesantes.

En el periodo inicial de las reformas se evidenciaron los problemas estructurales que era necesario resolver para continuar con ellas. El crecimiento económico era poco factible dada la carencia de energía, transporte, créditos, etc.; por ello, en 1979 el gobierno chino anunció un periodo de reajustes de tres años.

Las reformas que se pusieron en práctica primero fueron las relativas al campo, donde vive el 80% de los 1 000 millones de habitantes de China. Al introducirse el sistema de responsabilidad, se dio un giro en la organización de la producción y distribución. Esta reforma en el campo, trajo aparejado un cambio en la relación entre la agricultura y el resto de la economía: la reducción del control central y el aumento de los incentivos a los productores, relajándose las restricciones a la venta y distribución de sus mercancías. Las parcelas privadas y las actividades fuera de la agricultura han proliferado y las comunas populares prácticamente han sido desmanteladas.

En la industria también se han llevado a cabo reformas que se centran principalmente en la conservación de ganancias por parte de las empresas. Los resultados no han sido tan espectaculares como en el campo, pues no se ha logrado reorientar la producción para que realmente satisfaga la demanda.

Los cambios que se han instrumentado en China para establecer una economía de mercado han sido importantes, pero su resultado no ha sido totalmente positivo debido a que no se han realizado como un todo, es decir, no constituyen un bloque coherente que tienda a modificar toda la estructura económica y política —en China la economía y la política están estrechamente vinculadas—, sino que han sido puestas en práctica en forma experimental, en ciertos lugares, y se han ido adecuando a las situaciones conforme se han ido presentando.

El libro compilado por Perry y Wong consta de diez ensayos en los que economistas, científicos políticos y especialistas en el área analizan las reformas. En la primera parte se abordan las efectuadas en la agricultura y en la segunda las realizadas en la industria. Hartford, Putterman, Sicular, Travers, Kallgren, Latham y Perry, examinan la transformación agrícola, el mercado rural, el ingreso del campesino, la política de población con relación al campo, el papel de los cuadros locales en las reformas y la violencia en el campo.

En su ensayo, Hartford afirma que “el colectivismo no está muerto en la China rural” (p. 32), ya que es muy difícil desmantelar completamente el sistema colectivo. En el futuro, dice, se podrá observar una reafirmación de algunas de las características del trabajo colectivo debido a las presiones contra las reformas de los planificadores y políticos del Partido y de los cuadros locales.

Putterman, por su parte, argumenta que el modelo que se sigue en China es el de una agricultura colectiva porque la propiedad de tierra sigue siendo de la colectividad, con la característica de que ésta puede rentarla a sus propios miembros, dándoles como incentivo la obtención del 100% del producto marginal. Además, el trabajo agrícola todavía sigue operando dentro del marco de un sistema planificado. Sin embargo, reconoce que el trabajo en grupo dentro del proceso productivo ha quedado atrás.<sup>1</sup>

Sicular afirma que la producción agrícola y el ingreso del campesino han aumentado como resultado de las reformas puestas en

<sup>1</sup> Véase el artículo de Eddy Lee, “Employment and Income in Rural China: the Impact of Recent Organisational Changes”, en Keith Griffin (ed.), *Institutional Reform and Economic Development in the Chinese Countryside*, Armonk, Nueva York, M.E. Sharpe, 1984, 336 pp.

práctica desde 1978 en lo que se refiere a las cuotas que corresponden al estado —que ahora se entregan de acuerdo con el sistema de responsabilidad familiar—, a los precios de los productos agrícolas, y a las regulaciones del mercado privado, tales como la reducción de restricciones al intercambio privado en las áreas rurales.

El autor pone especial interés en las políticas que afectan directamente a los productos agrícolas de primera categoría (*di yi lei wu-zi*), como son los granos, los aceites vegetales comestibles y el algodón. Éstos ocupan el 90% de la tierra de cultivo y los políticos chinos los consideran de vital importancia para la economía.

Travers, por su parte, señala que al actual liderazgo chino le interesa más aumentar la producción y el ingreso del campesino, que la socialización del proceso productivo, dada la anterior experiencia de producción colectiva.

Kallgren cuestiona la viabilidad de la política de población de China, basada en la familia con un solo hijo, ya que con la instauración del sistema de responsabilidad en el campo, la familia tradicional ha vuelto a adquirir importancia singular. En efecto, la introducción del sistema de responsabilidad hizo resurgir las formas de trabajo del campesino arrendatario, acompañadas por las costumbres sociales que destacan los viejos valores confucianos relativos al lugar de la familia en la sociedad, la piedad filial, etc. Esto hace que la política de población no pueda tener resultados positivos.

Por otra parte, al fortalecerse la economía familiar, aumenta el incentivo de las parejas de tener más hijos, pues se piensa que las familias grandes gozan de un ingreso per cápita más alto que el promedio. Sin embargo, de acuerdo con un estudio de campo de Griffin, esta afirmación no tiene sustento, pues una familia numerosa no garantiza un mayor bienestar económico.<sup>2</sup>

Latham, después de analizar la situación de los cuadros locales, llega a la conclusión de que éstos no han aceptado las reformas de muy buen grado porque han afectado tanto su posición como sus intereses. Con el establecimiento del sistema de responsabilidad familiar se han cumplido sus tareas de supervisión y han visto amenazada la seguridad económica de que antes gozaban. Por eso, muchos de ellos han tratado de obstruir el avance de las reformas.

En su ensayo Elizabeth Perry trata de explicar las implicaciones políticas de las reformas en el campo por medio de un examen de la violencia rural. Destaca tres aspectos de las reformas que han

<sup>2</sup> Kimberley y Griffin, "Institutional Change and Income Distribution", en Keith Griffin, (ed.), *op. cit.*

ocasionado problemas de violencia. Primero, el ya mencionado por Latham relativo a la pérdida de autoridad de los cuadros locales. Éstos han encabezado la mayoría de los levantamientos rurales recientes. Segundo, el relativo a las disputas por límites de tierras y por derechos sobre el agua. Aunque generalmente el equipo de producción de cada colectividad es el que tiene a su cargo la propiedad de la tierra, con las reformas los derechos usufructuarios se han alterado, y esto ha provocado hechos violentos. Tercero, el resurgimiento de las actividades religiosas, que estimulan la solidaridad del clan familiar. Aunque Perry considera remota la lucha entre clanes, no desecha la posibilidad, si es que continúa desarrollándose el sistema de responsabilidad familiar, y el trabajo ya no se organiza con base en la colectividad sino en el clan.

Si bien es cierto que las reformas en el campo han suscitado problemas debido a la reorganización del trabajo y porque los grupos que anteriormente detentaban el poder sienten que se les ha desplazado —y por ello buscan formas de canalizar su descontento, no importando que éstas sean violentas—, es muy poco probable sin embargo, que el partido comunista permita, por un lado, que se pierda todo sentido de trabajo colectivo, como han manifestado algunos autores en este libro y, por otro, que las manifestaciones de violencia rural salgan de su control.

En la segunda parte de este libro, donde se discuten las reformas en la industria, se encuentran los ensayos de Shirk, Naughton y Wong.

Shirk argumenta que las reformas económicas en la industria han provocado una serie de problemas tales como: precios irracionales, carencia de abastecimiento, aumento en el costo de la mano de obra e inflación. ¿Por qué? Porque cuando se lleva a cabo una reforma de modo parcial, dice Shirk, dentro de una economía tipo soviético, ocurre una exacerbación de la debilidad sistemática.

La reforma parcial, continúa Shirk, también intensifica la competencia entre las regiones, las organizaciones burocráticas y las empresas. Por ejemplo, los grupos que se han beneficiado de las actuales reformas, como son la industria ligera, las provincias costeras y los gobiernos locales, constantemente se enfrentan a los bloqueos de la industria pesada, las provincias interiores y los ministerios centrales.

Los representantes de la industria pesada gozan de gran influencia y desde 1982 han tratado de que la inversión industrial se vuelva a centralizar. Además, han logrado romper el monopolio del Ministerio de Relaciones Económicas y Comercio Exterior, estableciendo sus propias compañías de comercio que negocian directamente

con el exterior, cosa que no han podido hacer los representantes de la industria ligera y textiles.

Las ventajas que han obtenido las provincias costeras gracias al desarrollo de su economía y su comercio exterior, han generado problemas con las provincias interiores. Las provincias costeras como Guangdong, con la política de puertas abiertas, han logrado una gran bonanza.

Por otro lado, el gobierno central, a raíz de la reforma fiscal que permite que los gobiernos locales administren una parte mayor de los recursos, ha visto mermadas sus entradas, debilitándose su capacidad para invertir en proyectos de infraestructura en energía y transporte, necesarios para la modernización nacional.

Pero éste, sostiene Shirk, no es un problema solamente económico; también lo es político. El que se continúe con la descentralización o se invierta el proceso es una decisión política y no económica en la que están involucrados los grupos de poder en China. La burocracia central y los representantes de la industria pesada pugnan por la vuelta a la centralización y éstos siguen teniendo mayor preponderancia. La coalición reformista (industria ligera, provincias costeras y gobiernos locales) se encuentra en desventaja en relación con el primer grupo, dado que no han logrado constituir alianzas políticas. De continuar esta situación sólo se logrará que la reforma en China sea en círculo, como ha sucedido en otros países socialistas.

Naughton hace un interesante análisis sobre la reforma financiera en el sistema industrial. A raíz de los cambios en el sistema financiero también ha cambiado el control y la dirección de la inversión. Los gobiernos locales invierten el capital que retienen generalmente en inversiones fijas y libremente, lo que ha ocasionado que el gobierno central haya perdido casi el control del proceso de inversión.

Por esta razón, Naughton opina que el sistema de impuesto sobre la renta (*li gai shui*) puesto en práctica desde 1983, tiene la ventaja de que los recursos son compartidos entre el gobierno local y el central y ello representa un aumento en la recaudación central; además, el nuevo sistema representa un avance en el intento de reducir la dependencia de las empresas hacia los gobiernos locales.

Finalmente, Christine Wong estudia el proceso de descentralización desde la perspectiva del control de la asignación de recursos, el cual es de vital importancia en una economía planificada.

Wong sostiene que el problema de la inversión a nivel local fuera del control central no es nuevo; data de la década de los setenta. Con la puesta en práctica de las reformas se ha agudizado. La asig-

nación de recursos se fue dejando a cargo de los gobiernos locales, y con ello, se ha exacerbado el localismo y aumentado la resistencia a la transferencia entre regiones.

Los gobiernos locales invierten en lo que consideran más ventajoso y esto conduce a la multiplicación de empresas que producen a alto costo y para un mercado reducido. Todos estos problemas —entre centro y regiones y estado-empresas—, afirma Wong, se deben a la naturaleza parcial de las reformas y a la rigidez que todavía existe en el sistema.

En suma, estos ensayos ponen de relieve toda la problemática que se ha generado con la puesta en práctica de las reformas, y las posibilidades de lograr las metas que el gobierno chino se ha fijado a nivel económico. Al mismo tiempo, destacan la estrecha conexión entre lo político y lo económico. Hay un cierto escepticismo sobre el futuro de las reformas.

El libro de Perkins está formado por dos ensayos que el autor adaptó de las conferencias que dictó en 1985 en The Jackson School of International Studies of The University of Washington.

En un primer ensayo, Perkins analiza la situación de los países del Este de Asia, tales como Japón, Corea del Sur y la región de Taiwán, que lograron un rápido crecimiento gracias a la conjunción de una serie de factores: recursos humanos suficientes, gobiernos estables que propiciaron una política económica abierta que promueve la exportación de manufacturas.

En el segundo ensayo, el autor analiza el caso de China. Este país, en la década de los ochenta, parte también de una buena base de recursos humanos; además, desde 1977 sigue una política económica abierta; el liderazgo político ha permanecido estable desde 1979 y sigue una línea tendiente al pragmatismo que desea un rápido crecimiento económico. La diferencia entre China y los demás países del Este de Asia es su tamaño, por un lado, y su industria por otro, que sigue organizada de acuerdo con la economía centralizada estilo soviético.

Si el actual liderazgo de China continúa con las reformas que está llevando a cabo, no es difícil que ocurra una transformación social y económica, con características similares a las del resto de países del Este de Asia; es decir, que de una sociedad rural pobre, pase a ser urbana, con niveles de vida superiores.

Desde mi punto de vista, la situación en China es mucho más compleja de lo que supone Perkins. Su argumento deja a un lado una serie de factores importantes. Por ejemplo, que China es un país socialista que desde 1949 ha seguido los lineamientos de una econo-

mía centralmente planificada, donde el Partido Comunista tiene un lugar preponderante en la toma de decisiones. Ésta no es una diferencia desdeñable en relación con los países del Este de Asia. El actual liderazgo pragmático de Deng Xiaoping, quien desde fines de la década de 1970 está llevando a cabo las reformas, ha tropezado con muchos obstáculos y problemas que se han agudizado en la segunda mitad de la presente década. Es difícil hacer una evaluación precisa de las reformas,<sup>3</sup> y por ello resulta peligroso pronosticar si China logrará o no los niveles de crecimiento de los países del Este Asiático.

MARISELA CONNELLY  
CEAA

J.C. Heesterman, *The Inner Conflict of Tradition: Essays in Indian Ritual, Kingship, and Society*, Chicago: The University of Chicago Press, 1985.

Esta obra es una colección de ensayos del indólogo holandés J.C. Heesterman, publicados entre 1964 y el presente. El tema predominante es el conflicto, ineluctable en la ideología tradicional de la India, entre los papeles y las funciones del guerrero (*kshatriya*) y rey (*rajan*), por un lado, y del brahmán, por otro, conflicto que se basa en la contradicción entre lo mundano y lo trascendente, la violencia y la no violencia, el poder y la autoridad, y el sacrificio y el dharma. En su conjunto, estos ensayos son el resultado de una larga y profunda reflexión sobre la cosmovisión de los indios antiguos y hasta cierto punto de los contemporáneos también. A pesar de esto, hay que concluir que a fin de cuentas Heesterman falla en su ambicioso intento de encontrar en estos conflictos internos de la tradición la clave para entender la naturaleza de la civilización india.

¿Cómo podemos explicar esto? Hay que intentar primero un breve resumen del argumento principal. Heesterman empieza su exposición identificando el conflicto básico de la tradición india con la imposibilidad de mediar entre el ideal del dharma y la realidad de este mundo (p. 2): "el *dharma* es universal y como tal tiene que tomar en cuenta las preocupaciones e intereses mundanos, pero al

<sup>3</sup> Véase el artículo de Dorothy J. Solinger, "China's Economy: Reform and State Control", en *Current History* vol. 85, núm. 512, septiembre de 1986.

mismo tiempo su carácter atemporal requiere un retiro total de esas realidades seculares. El dharma no propone un orden institucional fijo, como estamos demasiado dispuestos a asumir; presenta un dilema insoluble... La tradición se caracteriza por un conflicto interno entre el orden atemporal y el cambio temporal, en vez de por la elasticidad y adaptabilidad. Es este conflicto sin resolver el que provee la fuerza motor que percibimos como la flexibilidad de la tradición.”

Es entonces este conflicto el que Heesterman propone como la llave para entender tanto las continuidades como las discontinuidades, lo persistente y lo transitorio en la historia de la civilización de la India. Identifica el inicio de este conflicto, o más bien el inicio de su formulación clásica, con la transformación de un culto de sacrificios agonísticos —contienda perpetua y sangrienta por los bienes de la vida— en el ritual *shrauta* que separa el sacrificio de este mundo (p. 5): “El mundo anteriormente unitario del sacrificio agonístico fue roto y abierto definitivamente por la brecha entre la trascendencia inexorable y la realidad mundana”. Es este momento que Heesterman, siguiendo una idea de Karl Jaspers, llama la “ruptura axial” (*axial breakthrough*) de la tradición india. Aunque los textos védicos que sobreviven provienen de la época posterior a esta ruptura axial (nos proponen, sin embargo, el paradigma del sacrificio trascendente, alejado del orden mundano), Heesterman cree que es posible vislumbrar el carácter agonístico de la tradición anterior en las competencias y debates que se presentan en forma atrofiada en los ritos védicos descritos en los Brahmanas y otros textos védicos.

El problema básico de este ambicioso e interesante proyecto intelectual es que Heesterman no puede, y aparentemente no quiere, anclar sus argumentos en su contexto histórico, en los cambios políticos, económicos y sociales en la vida de los indios. O bien las ideologías de los sacrificios agonísticos y clásicos (*shrauta*) quedan en vilo, aislados de sus contextos materiales históricos, o estas ideologías parecen ser las fuerzas motoras que controlan y dirigen estos contextos históricos. Heesterman empieza a superar este idealismo insostenible solamente cuando intenta establecer una correspondencia entre el ciclo de trashumación y conquista de los antiguos arios y la tradición ligada a los sacrificios agonísticos, por una parte, y una correspondencia entre el crecimiento y la extensión de la agricultura permanente y el nuevo ritual *shrauta*, por otra. Sin embargo, nunca se define claramente la naturaleza de las correspondencias. En un lugar dice que “la reforma ritualística... rompió el ciclo de violencia” (p. 6), y en otro dice, al contrario, que con el nuevo

modo sedentario de la vida “se hubiera necesitado un tipo diferente de organización y un nuevo concepto de autoridad” (p. 124).

Sin un ancla en la historia, el esquema del profesor Heesterman llega a ser un paradigma inmutable en el cual se encaja, de un modo u otro, casi toda la ideología social y política de la India desde la época védica hasta la conquista por los británicos. Los pocos cambios en esta ideología surgen menos de factores materiales —guerras, conflictos sociales, cambios de población, ecología, tecnología— que del desenvolvimiento de la lógica interna de la misma ideología. Los acontecimientos históricos no pueden hacer más que modificar un poco la manera en que la tradición se expresa, no la crean. Aun cuando Heesterman habla del cambio decisivo de la “ruptura axial” de la época anterior a la codificación de los textos védicos, describe la historia como solamente un “telón de fondo” (p. 105). El problema del divorcio entre el poder del rey y la autoridad trascendente del brahmán se convierte en la mano escondida que dirige el curso de la historia desde la ruptura axial hasta Mahatma Gandhi. Heesterman habla del “intento de Gandhi de realizar el viejo ideal de la armonía mundana (*outerworldly*) en términos de la política moderna de la unidad nacional” y enseguida observa que, “por supuesto, se sabe muy bien que los ideales, cuando se los trae a la tierra desde la seguridad de su cielo ultramundano, pocas veces llevan a un desenlace feliz” (p. 179). Por toda la erudición y perspicacia de sus argumentos, Heesterman claramente pone el carro antes del caballo. Desde su perspectiva idealista, la historia de la India se ve sólo como un trémulo reflejo de una tradición ideológica tenaz que cambió su estructura básica solamente una vez, en la aurora de la época védica.

A pesar de este desacuerdo con la metodología de Heesterman, hay que reiterar que este libro representa una contribución clave para el estudio del pensamiento político, social, y religioso de la India. Un ensayo más reciente de Heesterman sobre el problema de “The King's order” se encuentra en *Contributions to Indian Sociology*, 20 (1986), pp. 1-13.

DAVID N. LORENZEN

Diana L. Eck. *Darśan: Seeing the Divine Image in India*. 2a. ed.; Chambersburg, P.A., Anima Books, 1985.

Joanne Punzo Waghorne y Norman Cutler (comps.), *Gods of Flesh, Gods of Stone: The Embodiment of Divinity in India*, Chambersburg, P.A., Anima Books, 1985.

Estos dos excelentes libros se dirigen a públicos algo diferentes, pero los dos tienen como tema central el estudio de las imágenes religiosas en la tradición hinduista. El libro de Diana Eck intenta iniciar en el tema a un lector no especializado y de hecho proporciona una introducción concisa y perceptiva al hinduismo que se practica en la India actual; en cambio, la gran mayoría de los libros introductorios han preferido abordar la historia y la teología.

Eck empieza con un análisis de la importancia del acto de ver (*darshan*) en la tradición hinduista, el ver no sólo las imágenes icónicas y anicónicas de los dioses y las diosas sino también el ver a los santos, los gurus, los sitios de los baños rituales, las montañas sagradas, los santuarios sagrados, las ciudades sagradas, las películas religiosas. Al referirse a Rudolf Arnheim y a Susan Sontag, Eck asevera que el acto de ver no es simplemente la captura de datos sensoriales que luego se interpretan por medio del pensamiento, "más bien, esas imágenes visuales son las cosas que llevan y dan forma al pensamiento" (p. 14). Ella observa que "a veces se ha argüido que la fotografía es una suerte de 'lenguaje' universal", pero correctamente observa que también es necesario entender el contexto sociocultural de la imagen (p. 16): "una foto, tal como la de un sacerdote brahmán que decora un *linga* de Shiva para la *arati* del atardecer, o la de la diosa Durga parada sobre Mahisha, pueden valer mil palabras, pero sigue siendo necesario que sepamos cuáles son estas mil palabras".

Eck procede a estudiar con perspicacia tales temas, como "la imagen del dios, la imaginación politeísta, la imagen icónica y anicónica, el uso ritual de la imagen, la creación y la consagración de las imágenes, los festivales y las imágenes, el templo y la imagen, y la imagen y la peregrinación". Y todo esto en unas 60 páginas.

Quizá la cuestión clave en relación con la imagen en el hinduismo sea ¿qué estatus ontológico se le está asignando a la imagen de dios, icónica o anicónica? Eck sostiene que la tradición hinduista ha dado dos respuestas diferentes a esta pregunta. Algunos pensadores con mentalidad filosófica, han argüido que "la imagen es principalmente un foco para la concentración" (p. 45). En este caso la ima-

gen se considera básicamente un símbolo o signo de dios y no se considera su encarnación, salvo en el sentido de que todos los objetos físicos son, en algún sentido, o las partes de o las superimposiciones ilusorias sobre la sustancia divina. Otros pensadores, cuyos puntos de vista son en este respecto más cercanos a los de los campesinos y obreros comunes, consideran que la imagen es una encarnación directa de lo divino. Es este último punto de vista respecto a la imagen el que preocupa a Eck, y también a los contribuidores al libro *Gods of Flesh, Gods of Stone*.

Este punto de vista ha recibido una erudita elaboración clásica en las obras religiosas de la escuela del Vaishnavismo de los llamados Bhagavata o Pancharatra, una escuela que eventualmente se transformó en la de los Shrivaisnava. Los seguidores de estas escuelas consideran la imagen (*archa*) de dios como una de sus cinco formas. Las otras son la forma suprema (*para*), las emanaciones de la suprema (*vyuha*), las encarnaciones en seres vivos (*vibhava* o *avatara*), y el controlador interno (*antaryamin* o *harda*). Esta doctrina legitima de una forma erudita el complicado ritual de la adoración de imágenes (*puja*) dentro y fuera del templo. Quiero volver a este tema después de dar un resumen del contenido del volumen compilado por Joanne Punzo Waghorne y Norman Cutler.

*Gods of Flesh, Gods of Stone* se dirige a un público algo más especializado que ya tiene conocimientos amplios del hinduismo. El libro consiste en una serie de ensayos sobre diversos aspectos de "la encarnación de la divinidad en la India" y sobre las encarnaciones tanto en las imágenes y templos como en la carne y hueso de los hombres santos. James Preston escribe sobre los aspectos tanto económicos como religiosos de fabricar las imágenes divinas, haciendo especial hincapié en las imágenes del templo de Jagannath en Puri, Orissa; Paul B. Courtright sobre la *puja* doméstica al dios Ganesha en la región de Maharashtra; el de Vasudha Narayan es un ensayo excelente sobre la doctrina de la encarnación divina en la imagen (*archa*) entre los Shrivaisnava. William H. Deadwyler escribe sobre la teología de la adoración de imágenes entre los seguidores del santo llamado Chaitanya, desde el punto de vista de la Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna; Stephen Inglis sobre la posesión divina practicada por miembros de una casta de alfareros en Tamilnadu; Manuel Moreno sobre dos casos de lo que él denomina "llamamientos forzosos por los dioses a los devotos humanos" en la región Konku de Tamilnadu; Lise F. Vail sobre un swami (renunciador *virakta* de un monasterio de los Lingayat en el pueblo de Gadag, Maharashtra); Raymond B. Williams sobre Shastri Nara-

yanswarupdas Swami, un líder de la religión Swaminarayan, a quien sus seguidores creen que “es la morada de dios”. Asimismo, Joanna Punzo Waghorne ha escrito una introducción concisa e inteligente y Norman Cutler ofrece un ensayo final que valientemente intenta encontrar unos temas comunes que puedan unificar los varios ensayos del volumen.

Tanto *Darśan: Seeing the Divine Image in India* como *Gods of Flesh, Gods of Stone* son contribuciones importantes a nuestro conocimiento del hinduismo. Además, los dos libros están bien escritos y contienen un mínimo sano de jerga académica. Sin embargo, hay algo en ellos curiosamente insulso: la falta de un argumento crítico que lleve al lector de una página a la siguiente.

Un problema dimana de la naturaleza esencialmente visual y sensual del tema central de los dos libros. Eck comenta varias veces que el hinduismo es una religión que se goza en los sentidos, que rodea a los devotos con las visiones, sonidos y olores sensuales. Pero ¿cómo se puede capturar toda esta sensualidad por medio de las palabras escritas y unas pocas fotografías en blanco y negro? Claramente, a este respecto la meta que los autores se fijaron es imposible de alcanzar. La palabra impresa puede expresar efectivamente sólo las ideas que subyacen a los fenómenos, las explicaciones de las imágenes y prácticas religiosas. Es esta limitación inherente, más que el prejuicio tradicional del mundo cristiano en contra de la idolatría citado por Eck y Waghorne, lo que puede explicar el abandono de este tema por parte de los estudiosos modernos.

A propósito, vale la pena observar que Waghorne lleva espléndidamente este argumento sobre la influencia cristiana un paso más adelante, al señalar la relación entre el prejuicio de Occidente en contra de la idolatría y muchos de los conceptos básicos que la antropología y la historia de las religiones han empleado para analizar las tradiciones religiosas no judeocristianas: los conceptos como el mana, el fetichismo, el animismo, el henoteísmo, y aun los conceptos modernos de “símbolo” y “arquetipo”.

Un segundo problema con estos libros es menos inevitable, o excusable. Me refiero a la tendencia de la mayoría de los autores a combinar el relativismo cultural de la antropología moderna con la religiosidad ecuménica subrepticia, y finalmente condescendiente, típica de la llamada historia de las religiones. Los autores parecen estar siempre a la defensiva en contra de cualquier sugerencia de que podrían, en su corazón secreto, conservar la mentalidad de un misionero cristiano mojigato del siglo pasado. Dado que casi todos los autores son académicos occidentales de origen no indio, no

es sorprendente que ninguno de ellos se atreva a ir más allá de un enfoque empático y relativista de sus objetos de estudio. Su enfoque es consistentemente emético, hermenéutico y sincrónico en vez de ético, analítico e histórico. Siempre buscan entender los fenómenos desde la perspectiva de los mismos participantes y no intentan analizarlos desde la perspectiva del observador externo.

Si volvemos a la cuestión central de la imagen divina como “una encarnación de lo divino”, podemos ver claramente la influencia del relativismo cultural y de la empatía ecuménica en el ensayo de Eck sobre la idolatría. Primero observa, correctamente, que los que en realidad adoran las imágenes —consideradas por observadores externos como meramente “palos y piedras”— “no las entienden como si fueran palos y piedras [...] Así, la idolatría sólo puede ser un término del observador externo para los símbolos e imágenes visuales de alguna otra cultura”. Siguiendo a Theodore Roszak, Eck entonces insiste en que “el pecado de la idolatría” reside precisamente “en el ojo del observador” y en ningún otro sitio. Seguramente el pecado pertenece ahí, y es mejor que quede ahí, pero esto no implica que no podamos discutir el tema de la idolatría. Desde la perspectiva del observador externo, una perspectiva que tiene su propio valor, la idolatría sí existe y requiere una explicación que emplea criterios diferentes a los de los mismos participantes. A propósito, hay que notar que esto no es simplemente una demanda poco razonable de los extranjeros no simpatizantes. La falta de fe y también el rechazo de la idolatría están también muy difundidos entre los mismos indios, más obviamente entre los musulmanes, pero también entre los sikh y entre muchas sectas hinduistas. Nosotros que somos observadores externos de estos fenómenos no podemos quedar satisfechos con aserciones supralógicas como la de Eck cuando declara que “en fin, la imagen-encarnación es el huésped divino, y tiene que ser servido como tal”. Tampoco podemos aceptar los límites estrechos que Waghorne pretende imponer a nuestra discusión: “La pregunta actual es —dice Waghorne—, ¿cómo opera el proceso de la encarnación divina y cómo discuten los mismos hinduistas la relación sutil entre el mundo concreto ‘ordinario’ de la experiencia y la conceptualización del dios?”

Si las preguntas que nos permitimos han de terminar aquí —si tenemos que renunciar a la búsqueda de explicaciones psicológicas, sociológicas e históricas de estos fenómenos—, entonces lo único que en realidad podemos hacer es intentar traducir las declaraciones de los devotos sobre lo que están haciendo al lenguaje algo más filosófico del académico contemporáneo. Tiendo a dudar que ello repre-

sente un avance realmente significativo. Sin embargo, salvo esta objeción un poco idiosincrática, hay que reconocer que estos dos libros representan valiosas contribuciones al estudio del hinduismo que hoy en día se practica en la India.

DAVID LORENZEN